

¿Dónde está el psicoanálisis?

III. Boogie el aceitoso

José Assandri



e-diciones de la École
lacanienne de psychanalyse

e-diciones de la École lacanienne de psychanalyse

¿Dónde está el psicoanálisis?

José Assandri

Comité editorial:

Helena Maldonado Goti

Fernando Barrios

Marina Serrato Pérez

Adriana Villatoro

© 2017, e-diciones

González de Cossío 120, int. 401

Col. Del Valle 03100

México, D.F.

e-diciones.elp.net

e-diciones.elp.net

III. Boogie el aceitoso

Fue en 1988 que Allouch publicó su artículo “Perturbación en pernepsi”,¹ un artículo que recientemente ha sido calificado como uno de los clásicos de *Litoral*. En “Fragilidades del análisis” hay una referencia a “pernepsi”. No vamos a partir del artículo, de sus puntos centrales sino, de una curiosidad. Porque es de la curiosidad, de los detalles que se ocupa el análisis. Esa curiosidad es que, en el artículo, hay un episodio de *Boogie el aceitoso* de Fontanarrosa. ¿Qué es lo que hace ahí? ¿Qué tiene que ver con la perturbación en pernepsi? ¿Debería haber algún tipo de relación?

A estas preguntas se puede agregar el hecho de que, en la primera aparición del artículo, en francés, el episodio apareció en español, y sin ningún tipo de traducción. Un lector francés, si no maneja el español, no puede entender de qué se trata. Sin embargo, un lector en español no está en mejores condiciones de leer este asunto, sino en peores, porque no le es posible excusarse en el desconocimiento de la lengua. Le pregunté a Allouch a qué se debía esa inclusión de Boogie el aceitoso en el artículo. “*Ni la menor idea.*”, me respondió, y agregó como desentendiéndose, “*Debió ser una idea del editor.*”² Podría haber intentado seguir investigando, pero el asunto cambió para mí al obtener esta respuesta del autor. Otra pregunta se volvió más importante: ¿cómo es que nadie, en casi treinta años, reparó en esa presencia de Boogie el aceitoso? Ni para señalar que se trataría de algo absolutamente gratuito, ni para darle algún tipo de función

En todo el artículo no hay ninguna referencia explícita al episodio. Es cierto que no se trata de algo totalmente desprendido del texto, porque el cartero, aparece a través del escritor Thomas Bernard. Es la historia de un cartero que no reparte las cartas

¹ J. Allouch, “Perturbación en pernepsi”, *op. cit.*

² En ese entonces, el director de la revista *Litoral*, donde se publicó por primera vez, en francés, era Erik Porge. Había presencia argentina en los corresponsales Estela Maldonado y Gonzalo Izaguirre.

porque no quiere llevar malas noticias a los destinatarios. Y como no puede acumular esas cartas, las quema. Resultado: va a dar a un hospicio en el que, la dirección, decide que siga con su oficio. Alguien escribe cartas para que el cartero se las haga llegar a otros internos.

Una historia un tanto loca, sin duda. Pero, además, en el texto de Allouch, hay referencias al seminario de Lacan sobre “La carta robada” de Edgar Allan Poe, algo que lo llevó a decir que la carta, *lettre*, siempre llega a destino. Y, por cierto, también hay una referencia al cuestionamiento de Jacques Derrida, para quien, la carta, *lettre*, no siempre llega a destino. Aquí, en francés *lettre* quiere decir carta y letra al mismo tiempo, doble sentido que en español no es tan evidente. O sea, cuando se escucha carta, en francés también está la letra y su relación al significante. No vamos a entrar en este asunto, pero interesa el hecho de que esa tira cómica está allí, diciendo algo, reclamando una lectura, ¿hasta dónde no decir nada de ella no ha sido el modo de leerla?

La forma en que fue publicado Boogie el aceitoso es algo a lo que debemos prestar atención. El sentido del texto transcurre por los renglones y los reglones siguen página a página, mientras que la secuencia de cuadros de la tira va en el sentido de las páginas; como si hubiera dos líneas que en ningún momento se juntan. La tira termina cuando debe terminar y el artículo sigue. Se trata de dos materialidades distintas, porque, de hecho, el artículo concierne al saber analítico, y la tira, que se califica habitualmente de cómica, que también podríamos decir que tiene algo de chiste, la podemos colocar en la categoría de formación del inconsciente.







Tomemos la parte chistosa de esta formación del inconsciente. Freud analizó el chiste en su libro *El chiste y su relación con el inconsciente*, y Lacan, abordó el inconsciente a través del chiste, aquel chiste de Heinrich Heine con el que comienza el libro de Freud: ser tratado de manera “famillionaria”. En todo chiste se trata de significantes que se ponen a girar en un sentido distinto a lo que se espera, digamos que se sueltan de sus referentes, tienen entre ellos tratos distintos al habitual. Los significantes se relacionan con otros significantes siguiendo la homofonía, el doble sentido, parentescos insospechados en la construcción de las frases. Es así que “carta” es un elemento central: carta, cartero, carta credencial, carta explosiva. Pero también otros juegos de palabra como violación de correspondencia y violación

de cartero, se pasa de violar un objeto a violar a su portador. También aparecen la carta perfumada, la carta propaganda, la carta invitación, por más que en estos casos no esté dicha la palabra carta. La carta perfumada tiene algo más que un escrito, en ella viaja algo del remitente, perfume de mujer. Fontanarrosa explota esos juegos con los significantes haciendo que el sentido viaje en sentidos imprevistos.

Pero, además, en la tira se formula una escena, que podríamos decir más de lado de lo cómico, en tanto que el destinatario de las cartas, Boogie el aceitoso, no quiere recibir las cartas en mano propia, y le pide al cartero que se las lea. La consecuencia, como bien se ve, es que el pobre cartero estalla. Por comedido, por tonto, a nosotros puede causarnos gracia porque sabemos de quien se trata el tal Boogie.

Se pueden leer otras cosas de esa escena siguiendo lo que Lacan trató en su seminario sobre “La carta robada”. Allí Lacan señala que “*estar en posesión de la carta*”³ tiene un doble sentido, poseer la carta y ser poseído por la carta, y esto ocurre tanto en francés como en español. Específicamente en el cuento de Poe, se trata de una carta comprometedora para la Reina, porque se la había escrita otro hombre que no era el Rey. El Ministro, le había escamoteado la carta a la Reina, y ella envía a la policía a buscarla, pero como en general sucede con la policía, no encontró lo que buscaba. Al tener la carta el Ministro tiene poder, pero está inhibido de usar la carta, porque si se la diera al Rey, él mismo caería en desgracia. Sólo teniendo la carta, pero sin usarla, es que tiene poder; pero a la vez, también queda como rehén de ese hecho de tenerla, porque la Reina sabe que él tiene una carta en la manga, pero que no la puede usar. El giro del cuento es que, Dupin, descubre la carta, que por cierto está a la vista de todos, no está escondida, y esto es importante cuando se trata de la cuestión de la verdad, que no se trata de buscarla en lugares ocultos, sino, como se dice, la verdad está al pie de la letra, al pie de la carta. Eso hace que el juego de poder cambie de sentido. El Ministro, sin saberlo, queda en poder de la Reina que ahora se ha

³ J. Lacan, “El seminario sobre ‘La carta robada’”, en *Escritos I*, op. cit., p. 41.

hecho de la carta. Pero la Reina, tampoco puede hacer jugar todo eso que ha pasado, porque entonces sería ella la que se pondría en problemas. Es decir, la Reina misma ha quedado poseída por la carta, una carta que no puede jugar.⁴

Boogie el aceitoso parece tener claro el asunto, no quiere ser poseído por algo de otro, y por eso no recibe en su mano las cartas que le trae el cartero. Este hecho se podría decir que es notable, porque no es seguro que Fontanarrosa supiera lo que había dicho y escrito Lacan sobre la carta. Y como lo dice Allouch en el artículo, quien transporta un mensaje, el cartero o el mensajero, no siempre sale indemne de su tarea. Allouch señala cómo durante alguna época histórica el mensajero llevaba el mensaje en el extremo de un bastón, tratando de alejarlo de sí mismo. Matar al mensajero era algo que podía suceder en esos tiempos, y que incluso hoy se utiliza como imagen. Pero lo que tiene de interesante es que, al no querer recibir las cartas en mano propia, Boogie el aceitoso, genera un viraje en la historia, hace que el cartero deje de ser cartero para transformarse en secretario. El cartero, entonces secretario, lee las cartas. La posición de este cartero-secretario es tal que no aparece su imagen en ningún cuadro, como debería ser con un secretario que se precie.⁵ Y sucede, cuando llega el turno de la carta explosiva, el cartero-secretario es eliminado. Boogie el aceitoso hace una precisión (no se sabe exactamente a quién), pero dice que no fue él quien lo mató, sino que lo sacrificó. El cartero, al hacerse secretario, se volvió una pieza de un mecanismo, y su muerte, se debió a que aceptó esa posición, porque la muerte no le estaba dirigida a él personalmente. Cuando se trata de un sacrificio se supone que esa muerte tiene un sentido. En este caso, para Boogie el aceitoso, salvar su vida. Hay toda una enseñanza en esta tira de

⁴ Aquí es interesante tomar nota que, mientras que, en francés, carta también es letra, en español, carta también es baraja, y, por lo tanto, una y otra lengua dan sentidos distintos a la misma carta. En español se hace más evidente el juego de poder que hay en la historia, en el sentido de jugar las cartas.

⁵ Aquí está en juego la “función secretario”. Al respecto se puede leer con mucho provecho el artículo “La palabra confiscada” de Mireille Blanc-Sanchez, en *Litoral* 25/26.

Fontanarrosa, aceptar algo, o responder a una demanda de otro genera efectos.

Ya habíamos señalado que en el artículo hay dos registros materiales distintos. La historieta de Boogie el aceitoso como formación del inconsciente por el lado del chiste y la comicidad, y por encima, el saber teórico, el saber analítico. Tal vez esta cuestión topológica, por encima/por debajo suene algo arcaica, pero para el caso, me parece válida esa topología, porque permite señalar que el saber teórico puede llegar a aplastar las formaciones del inconsciente. El saber teórico y referencial puede impedir que surja en el discurso de alguien, en sus palabras, gestos, actos se transformen en significantes, que se vuelvan significantes en sentido analítico para alguien. En el artículo, ya lo he dicho, no hay ninguna relación explícita entre esa cuestión teórica planteada y los sesgos cómicos y chistosos de la tira, entre lo de arriba y lo de abajo. ¿Acaso se puede establecer algún lazo entre uno y otro registro?

Los cuadros de Boogie el aceitoso se suceden en el artículo cuando Allouch está tratando la cuestión de la locura, y la objeción al trato estoico de la locura. Apoyado en Erasmo, el primero que habría objetado el trato estoico de la locura, Allouch concluye en tres puntos: 1) no hay no-loco; 2) es honorable ser atacado por la locura; 3) no hay quien conozca a la locura mejor que el loco. Apliquemos estos tres puntos a la historia de Boogie, el Aceitoso. En la historia, lo que está en juego, es un saber persecutorio. Boogie, el Aceitoso, no quiere recibir las cartas en su mano. Al rehusar a la posesión de las cartas, rechaza ser poseído por las cartas, mantiene, persecutoriamente, distancia con los otros como si para él todos los otros fueran fuente de peligro. De lejos sabe algunas cosas, por ejemplo, que cierta carta perfumada con “Erotik ocho” hay que descartarla, sin siquiera enterarse del contenido. Basta con el signo del perfume para que una carta se descarte. Y también interpreta que la carta explosiva proviene de los palestinos. Ellos no le perdonaron que hubiera vivido un tiempo frente a una sinagoga, eso ya de por sí lo haría enemigo. Simplemente por ser vecino, por contigüidad, como si hubiera un contagio ideológico, él se transforma en enemigo.

Toda la vida de Boogie gira en torno a las armas, al punto de que sus tareas de bricolaje, son transformar una vieja licuadora en una bazooka. Incluso su respuesta al timbre es un “Identifíquese”, una exigencia que tiene toda la carga de la paranoia militar. Todo el personaje de Boogie, el Aceitoso, gira en torno a la persecución y sus modos de hacer con ella. Se podría concluir que se trata de un caso de paranoia. Del mismo modo que nadie conoce mejor su locura que el propio loco, nadie sabe mejor de la persecución que el paranoico. Se cumple el ítem 3 de Allouch, y no creo que haya objeciones aceptar el ítem 1, no hay no-loco. Creo que es una petición de principio aceptable, en la medida, claro está, que la calificación no produzca los efectos de exclusión y la inhabilitación. La única de las conclusiones de Erasmo que toma Allouch que sería dudosa, es que la paranoia sea honorable. Aunque eso es relativo. Boogie puede entender que su trabajo es honorable, a pesar de lo que puedan decir otros. En su historia, sucedió una vez que ayudó, como buen samaritano, a un suicida que no se animaba a suicidarse. Eso habla de sus cualidades humanitarias. Pero, aunque esté en duda la condición de Boogie el aceitoso, eso no quiere decir que no haya paranoias honorables, bastante comunes en la política, en la reivindicación de los derechos, o en la beneficencia. Llamar a Boogie el aceitoso, paranoico, sin duda que es entrar en la patologización. Pero, saber algo de cómo funciona Boogie, el Aceitoso, saber de su persecución, de sus modos de operar, sin duda que a la hora de relacionarse con él no es lo mismo que no saberlo. Por no saber el cartero no pudo contar el cuento.

Cuando Allouch aborda específicamente la “Perturbación en pernepsi”, que es el título de un apartado además de ser título del artículo, tomó una afirmación de Lacan de 1978, en Deauville: “*quien da el paso de ir a demandar análisis a un psicoanalista ‘efectivamente hay que llamarlo psicótico’.*” Es esa la perturbación de la psicopatología de la que se ocupa Allouch, cito:

[...] todo el mundo tiene síntomas neuróticos pero sólo algunos, empujados por dichos síntomas, llegan a demandar análisis a un

psicoanalista. Al llamarlos psicóticos, Lacan dio ese día un criterio que los diferencia del común de los neuróticos.⁶

Entonces, quienes consultan a un analista son psicóticos con síntomas neuróticos, porque hay que estar loco para ir a un analista. Esta observación iría en contra de algo que ha sido un lugar común en el psicoanálisis, que los psicóticos, no hacen transferencia. Pero no hay que ignorar que Allouch ha hecho un pasaje de psicótico a loco sin explicitarlo, donde loco implica salirse de la nosografía psicopatológica para utilizar el lenguaje común. Pero al decir que los psicóticos con síntomas psicóticos no consultarían a un analista, sucede, que la línea se ha desplazado. Hay un tipo de psicóticos y psicóticos de otro tipo. En el caso de Boogie el aceitoso, tenemos a un psicótico con síntomas paranoicos. Nunca consultaría a un analista, sobre todo porque ponerse en manos de otro, de un analista, haría que revelara sus ideas a un otro. Ya lo hemos señalado, el cartero se transformó en secretario, sólo desde el punto de vista administrativo, porque como buen paranoico, Boogie no podría abrir una carta, como tampoco podría ponerse en manos de otro. Boogie el aceitoso, hace que el cartero se transforme en parte de su sistema paranoico. Ese tipo de secretariado no es aquel del analista, cercano al “secretario del alienado”, cuya función por cierto que es otra. No entraremos en este asunto, pero es necesario señalar esta distinción.

Siguiendo los comentarios de Allouch sobre lo que dijo Lacan sobre el psicótico con síntomas neuróticos, parece evidente, que, si bien se objeta la clasificación, de algún modo se permanece en el campo de las clasificaciones. Esas objeciones podrían tener como producto una reformulación de la nosografía, de tal modo que entonces habría: a) psicóticos con síntomas neuróticos; b) neuróticos con síntomas psicóticos; c) psicóticos que de lejos parecen neuróticos; d) psicóticos con síntomas psicóticos; e) Boogie el aceitoso; f) psicóticos normales; g) neuróticos con síntomas neuróticos; h) etc.; i) perversos que acaban de salir de esta clasificación; j) analizantes de Lacan; k) los que no entran en el DSM 5; l) parafilicos; m) que se agitan como locos; n)

⁶ J. Allouch, “Perturbación en pernepsi”, *op. cit.*, p. 31.

borderline; o) homosexuales que no son perversos pero que se siguen considerando patológicos; ...

Habrán reconocido aquí, una vez más, y lo seguirán escuchando cada tanto, hasta el cansancio, una parodia de esa clasificación que Borges incluyó en “El idioma analítico de John Wilkins”, o más precisamente, esa parte donde habla de cierta enciclopedia china, donde se encuentra que los animales se dividen en a) pertenecientes al Emperador; b) embalsamados; c) amaestrados... h) incluidos en esta clasificación; i) que se agitan como locos... k) dibujados con un finísimo pincel de pelo de camello... Foucault señaló que su libro *Las palabras y las cosas* nació de ese texto de Borges. Y Foucault también señaló que lo que fascinaba era la imposibilidad de pensar *esto*. Sin embargo, también dice que es posible dar contenido y sentido preciso a “*cada una de estas singulares rúbricas*”,⁷ sea de forma fantástica o real, que el asunto es, que lo que viola cualquier imaginación, es la serie alfabética que liga cada una de esas categorías. Esa serie genera un no-lugar provocado por el lenguaje, una heterotopía, pero que, independientemente de eso, es posible darle un contenido, una forma a cada uno de sus ítems.

Entonces, si esa perturbación de la psicopatología, que postuló Lacan y que retoma Allouch, simplemente trastoca la neurosis y la psicosis trasponiendo los síntomas, ¿qué alcance puede tener si se sigue recurriendo a la psicopatología? La perturbación en “pernepsi” no impediría que se hable de psicóticos y neuróticos, de síntomas neuróticos y síntomas psicóticos. Ninguna perturbación impide que, bajo cuerda, además de psicóticos con síntomas neuróticos, haya psicóticos con síntomas psicóticos como Boogie el aceitoso. Entonces, la tal perturbación en “pernepsi”, no tiene el alcance que esperaba Casanova, en todo caso, porque lo que se echa por la puerta retorna por la ventana.

El malestar de Casanova, su expectativa de que esa perturbación provoque un cambio hacia otra cosa quedó en suspenso. Y queda en suspenso porque tal vez se espera demasiado de esa perturbación, porque la objeción que se pueda hacer a la

⁷ M. Foucault, *Las palabras y las cosas*, op. cit., p. 3.

nosografía psiquiátrica no obsta a que la lengua siga operando, incluso en el sentido representacional. Más precisamente, porque no podemos salir de la palabra, de los efectos de la palabra, clínica, psicótico, neurótico, síntoma, son términos que se seguirán utilizando. Si todos nos fascinamos en algún momento con esa enciclopedia china de Borges es porque estamos tomados por las clasificaciones, estamos atados a ellas, dependemos de ellas. Todos tenemos una fascinación por ordenar el mundo, una fascinación que también incluye los arrebatos, con los que cada tanto, destruimos esos órdenes. Pero siempre hay un orden del lenguaje. Lo esperable es que el análisis pueda tener otra relación con la clasificación y la lengua. Y si bien no puede decirse que hay una clínica psicoanalítica que pueda ser enseñada como la clínica médica, el tiempo no deja de hacer evidente que nadie ha eliminado de su discurso ni de sus escritos la palabra clínica, ni psicosis, ni neurosis, ni tantas otras, de las que, cada tanto, se señalan como inconvenientes.

Esas objeciones, esas perturbaciones, más que como expectativas de grandes cambios teóricos o conceptuales, debemos tomarlas como indicaciones clínicas. Este a mí me parece un punto clave, porque se pueden leer una serie de indicaciones clínicas en el artículo de Allouch “Fragilidades del análisis”. La primera es una referencia a una intervención de Lacan fechada el 2 de noviembre de 1973, en un congreso de la *École Freudienne de Paris* en la Grande Motte. Conviene ir a leer ese texto indicado:

Si he hablado de los tipos clínicos, no es sin razón. Me gustaría comentar que los sujetos de un tipo, histérica o el trastorno obsesivo, según la vieja clínica, son inútiles para otros del mismo tipo. Es concebible, es tangible, se puede tocar con los dedos todos los días, que un obsesivo no puede dar ningún sentido al discurso de otro obsesivo.⁸

Lacan repitió esto un par de años después, en “Introducción a la edición alemana de un primer volumen de los *Escritos*”, de 1975:

⁸ J. Lacan, “Intervention de J. Lacan en el congreso de la École Freudienne de Paris en la Grande Motte” en *Pas tout Lacan*, <http://ecole-lacanianne.net/wp-content/uploads/2016/04/1973-11-02.pdf>, la traducción es nuestra.

Los sujetos de un tipo no tienen pues utilidad para los otros del mismo tipo. Y es concebible que un obsesivo no pueda dar el mínimo sentido al discurso de otro obsesivo.⁹

La palabra tipo justamente pone en cuestión que un obsesivo, una histérica pueda ser ejemplo para otros obsesivos y otros histéricos, pero no dejan de nombrarse los obsesivos o los histéricos. Y Allouch, en “Fragilidades del análisis” da un paso más respecto a Lacan, indicando que la posición necesaria es una “*abstención activa*”.¹⁰ Esto para mí es otra indicación clínica, y tiene que ver con el problema de la traducción de *Point de* sólo como “Punto” sin retener la negación, porque justamente se trata de abstenerse activamente. Es necesario prestar atención a que se trata de algo activo, que implica hacer un esfuerzo en contra de algo que se impone. Ir contra esa clasificación diagnóstica que se impone es, activamente, no recurrir a las entidades clínicas en la práctica analítica. Casanova, en su malestar, también lo plantea, aunque lo dice de otro modo: “*el primer objetivo del analista, a la vez el más simple y el más imposible -es no obstaculizar lo que se de en un análisis.*”¹¹ No obstaculizar implica no poner algo previo, por ejemplo, una etiqueta diagnóstica.

En este punto, en “Fragilidades del análisis”, Allouch formula otra indicación clínica. Porque no alcanza con abstenerse activamente de la nosografía y la consecuente psicopatología, sino que plantea algo que no por casualidad, la traducción al español invierte. “*Regularse por lo diverso*” podemos leer en la traducción. Pero, curiosamente, en la misma página, a pocas líneas de distancia, aparece traducido “*una vez regulado lo diverso*”, cuando debería haber traducido “*una vez regulado por lo diverso*”.¹² En la traducción se hace patente esa dificultad, la dificultad que provoca lo diverso. Que no solo está en ese cambio de sentido, donde lo que tendría que afirmarse se niega, sino que

⁹ J. Lacan, “Introducción a la edición alemana de un primer volumen de los *Escritos*”, traducción Graciela Esperanza y Guy Trobas, en *Otros escritos*, Paidós, Buenos Aires, p. 584.

¹⁰ J. Allouch, “Fragilidades del análisis”, *op. cit.*, p. 12.

¹¹ B. Casanova, “Estallidos de clínica”, *op. cit.*, p. 113.

¹² J. Allouch, “Fragilidades del análisis”, *op. cit.*, p. 13.

tal vez para a lengua española haya otra forma de decir es que se traduce como “*regularse por lo diverso*”, o “*reglarse por lo diverso*”. Aunque pueda ser discutible, a mi entender, se traduciría mejor como “*ajustarse a lo diverso*”.

Hay aquí otro punto clave, porque la tensión entre lo diverso y el universo, no se reduce a la nosografía. Allouch llega al extremo de señalar que cuando alguien dice “*acabo de recibir a una mujer, o a un niño, o a un emigrado, o a un pobre, o a un colega, o a un deportista, etc., ya es abusivo*”.

[...] ¿cómo podría saber el analista que se trata de una mujer, de un niño, de un emigrado, de un pobre, de un colega, de un deportista? Esa “mujer” no tiene, quizá, la sensibilidad de una mujer, ni este niño el alma de un niño, ni este emigrado la condición de un emigrado, ni este pobre el estatuto de pobre, ni este colega la virtud de un colega, ni este deportista la resistencia de un deportista.¹³

Se podría decir que estamos en un gran lío. Sensibilidad, alma, condición, estatuto, virtud, resistencia, en definitiva, parecen ser unidades de medida para una balanza que pesaría a cada una de las personas de acuerdo a una condición impuesta previamente. Pero la salida no parece estar en eliminar cada uno y todos los atributos. ¿Será posible salir de las categorías? ¿Podemos operar sin lenguaje? A esto viene la afirmación de Allouch:

Si se considera excluido permanecer en lo diverso (la lengua como portadora de categorías se opone) quizá no es necesario, empero, apretar de manera insistente la soga de la universalidad.¹⁴

“*Ajustarse a lo diverso*”, entonces, es una indicación clínica clave para el análisis. Pero también Allouch proporciona un pequeño hallazgo, que, no por pequeño tiene poco valor. Es curioso, porque cuando fui a releer el artículo de Freud indicado por Allouch yo había marcado esas dos o tres líneas. Eso era lo único que había marcado del artículo, quien sabe cuánto tiempo hace, sin embargo, no basta leer algo, sino que importa darle relevancia a eso que se lee, poder ubicarlo en un lugar que

¹³ *Ibidem*, p. 14.

¹⁴ *Ibidem*.

corresponda, que no sea sólo parte de retórica analítica. Ese fragmento viene del artículo de Freud “Personajes psicopáticos en el escenario”:

En efecto, nosotros no podemos penetrar en el conflicto del neurótico cuando él ya lo lleva acabado [concluido] adentro. A la inversa: cuando conocemos ese conflicto, olvidamos que es un enfermo, del mismo modo como él, al tomar conocimiento de su conflicto, deja de estar enfermo.¹⁵

Hay que entender que psicopático, aquí, no significa alguien antisocial, un psicópata asesino, como muchas veces se usa en lengua española, sino que se trata de un modo de decir enfermo mental. La traducción del alemán fue al pie de la letra, no por el lado del sentido, que entonces hubiera traducido “enfermo mental”. El artículo fue escrito por Freud en 1905 o 1906, pero publicado después de su muerte. Es algo extraño que ese artículo no fuera publicado hasta su muerte. No está claro que pudo haber motivado su retención. Es un texto escrito en la línea del método catártico, de la “identificación”, es esta la palabra que usa Freud, la “identificación” del espectador con el drama que se pone en escena. Freud escribió sobre los efectos de “desahogo” que provoca el teatro. Esto es muy aristotélico, se trata de la abreacción, de purgar las pasiones mediante el teatro. En el artículo podemos encontrar algunos comentarios sobre los distintos tipos de teatro y sobre algunas piezas en particular.¹⁶

El fragmento que cita Allouch está incluido en un tramo donde Freud plantea algunas cosas históricas sobre el teatro, hasta desembocar en cierto tipo de teatro, más de su época, donde

¹⁵ Sigmund Freud, “Personajes psicopáticos en el escenario”, traducción José L. Etcheverry, en *Obras Completas*, Tomo VII, Amorrortu, Buenos Aires, 1996, p. 281. La traducción de López Ballesteros tiene algunas variantes: “Pues el neurótico es, para nosotros, por cierto, un ser humano de cuyo conflicto no podemos obtener la menor comprensión (empatía), cuando nos lo exhibe en la forma de un producto final. Recíprocamente, una vez que nos hemos familiarizado con dicho conflicto, olvidamos que se trata de un enfermo, tal como él mismo deja de estar enfermo al familiarizarse con el conflicto.” *Obras Completas*, Tomo IV, Biblioteca Nueva, Madrid, p. 1275.

¹⁶ Hay un elemento interesante en el artículo, la presencia de la palabra goce, que no es tan de uso freudiano, pero como el caso se refiere al teatro, a la representación, a la estética, tal vez por eso aparezca con tanta insistencia.

escribió: “*el drama psicológico se vuelve psicopatológico*”. Creo que aquí se ve claramente un movimiento que es exactamente el contrario que tratamos de hacer en este tiempo, despatologizar. Pero para Freud, en esos tiempos, usar el término psicopatológico tenía el sentido de hacerle lugar al psicoanálisis a través de la literatura. A partir de esa afirmación, y tomando como caso precisamente el conflicto de Hamlet, es que aparece esa cuestión de la escenificación del conflicto, ese fragmento que cita Allouch, y que comenta entre signos de exclamación:

¡El avance mismo de cada análisis lo desmedicalizaría! Al inicio, lo que era considerado como enfermedad dejaba de serlo en el curso del “tratamiento” a partir del momento en que se pudo y supo tomar conocimiento de ella.¹⁷

En esto, que Allouch toma de Freud, se podría decir que cuando alguien entra en análisis no entra entonces para que se le diagnostique, y aunque esté diagnosticado, si su conflicto se escenifica, es posible salir de la “enfermedad”. Dicho de otro modo, un análisis hace caer el diagnóstico, un análisis efectivo es la caída de la psicopatología. Entonces, partiendo de una “*abstención activa*” del analista que implica “*ajustarse a lo diverso*”, el análisis tendría como resultado hacer caer la psicopatología.

Al comienzo del artículo podemos encontrar otra indicación clínica, en el apartado “Sin garantías”. Aunque nuevamente debemos pasar por un problema de traducción. Cuando se lee “*hablar a alguien que no meterá sus narices en el decir que se le dirige*”, la expresión en francés *ne mettre pas ses plis*,¹⁸ es algo un poco distinto a mi modo de ver a “meter las narices”. Si alguien habla con un analista sin duda que se está ofreciendo a las narices de otro, habla de cuestiones que al fin y al cabo incumben al análisis, y, por ende, implican al analista. Me parece que conviene más traducirlo como “*hablar a alguien que no meterá de lo suyo en el decir que se le dirige*”. Esta serie de indicaciones

¹⁷ J. Allouch, “Fragilidades del análisis”, *op. cit.*, p. 12.

¹⁸ “Fragilités de l’analyse”, *Ibidem*, p. 11. p. 22.

clínicas, tienen otro giro de interés a través del planteo de la cosa. Cito:

[...] uno se aparta menos de lo diverso, uno desatiende menos lo diverso cuando convoca la cosa freudiana que cuando se apela a Freud. No era tanto Freud quien hablaba sino una cierta cosa ella misma parlante, la cosa llamada por Lacan “freudiana”.¹⁹

Allouch invoca la cosa nombrando a Lacan junto con Heidegger. La cosa freudiana, la cosa de Heráclito... ¿Qué es la cosa? ¿Qué viene a hacer Heidegger aquí? Heidegger tomó a lo largo de su recorrido la cosa como una cuestión clave. Se puede leer en *Ser y tiempo*, publicado en 1927. Lacan leyó allí sobre la cosa, del mismo modo que en la conferencia titulada “La cosa” dictada en 1950 y publicada poco después.

Tomemos algunas puntualizaciones del libro *La pregunta por la cosa. Sobre la doctrina de los principios trascendentales de Kant*.²⁰ Por un lado, la cosa puede ser la cosa común y corriente como una piedra o un palo; por otro, la cosa como en el caso de “las cosas personales” y de “se complicó la cosa”, es algo que no es concreto; y, por último, aquella cosa que es incognoscible, que no puede ser nombrada por el lenguaje, como es la “cosa en sí” como la define Kant en oposición a los fenómenos. Heidegger señala que la cosa es distinta a lo que es el objeto para la ciencia, que cada ciencia tiene definido su objeto, en tanto que la filosofía tiene dificultades para definir la cosa a la que se dedica. También hace hincapié en que no hay cosa en general, sino que se trata de cada cosa en particular, además de lo que pueda tener de incierto.

Para el análisis de pronto sería algo parecido. ¿Cómo definir lo que sería la cosa de un análisis? Aquí perfectamente se puede introducir el apartado de “Fragilidades del análisis” titulado “Sin psico”, asunto que Allouch comenzó a marcar de manera fuerte

¹⁹ J. Allouch, “Fragilidades del análisis”, *op. cit.*, p. 15.

²⁰ Martin Heidegger, *La pregunta por la cosa. La doctrina Kantiana de los principios trascendentales*, traducción de Eduardo Gargia Belsunge y Zoltan Sznykay, Editorial Sur, Buenos Aires, 1964. Este libro es la transcripción de un curso dictado por Heidegger en 1935/36 pero publicado recién en 1963.

a partir de su conferencia “Spycanálisis”.²¹ ¿Qué es lo psíquico? ¿Existe, como lo nombraba Freud, un “aparato psíquico” del mismo modo que existe un aparato locomotor, un aparato circulatorio, un aparato respiratorio? ¿Y ese aparato sería igual para cada analizante? Si el análisis no es como la ciencia, en la que se puede definir el objeto de estudio, está aquí más cerca de filosofía en su dificultad para definir su cosa.

Lacan tituló “La cosa freudiana” a una conferencia dictada en 1955, en Viena, y luego publicada en los *Escritos*. Allí Lacan se ocupó de hablar, una vez más, de la importancia del lenguaje. De la necesidad de tomar las enseñanzas sobre el lenguaje que había dejado de Saussure. Remitiendo a la experiencia de Freud, la de sus primeros años, de sus textos canónicos, pero fundamentalmente a *La interpretación de los sueños*, señaló el último párrafo de la sexta parte. Allí Freud habla del miramiento por la figurabilidad, del modo diferente que procede el sueño al pensar diurno y corriente, y, sobre todo, lo que me parece que importa, es que las representaciones se deshacen de sus contenidos,²² es decir, tienen modos de relación distinto que las que motivarían los contenidos. Tengamos en cuenta que Freud no tenía la teoría del lenguaje de de Saussure. Pero lo que me parece que importa es que, en *La interpretación de los sueños*, en el capítulo VI, “El trabajo del sueño”, aparece escrito que “el sueño es un *rebus*”.²³ En alemán, Freud escribió precisamente esa palabra tal cual, *Rebus*, y también Lacan, en francés, utilizó la palabra *rebus*. *Rebus* nombra, tanto en francés como en alemán, una sucesión de dibujos, palabras, cifras, letras que por homofonía quiere decir una frase que expresa algo, ni sólo porque se trate de algo enigmático, difícil de leer. Pero también, *rebus*, en latín, quiere decir cosas, cosa en plural. Ese sesgo tomado por Lacan hace justamente de las formaciones del

²¹ J. Allouch, *El psicoanálisis, ¿es un ejercicio espiritual?... op. cit.*

²² J. Lacan, *Escritos I*, op. cit., p. 503.

²³ S. Freud, *La interpretación de los sueños*, Obras Completas, Tomo IV, traducción de José L. Etcheverry, Amorrortu, Buenos Aires, p. 286. Como esta palabra no es de la lengua española, López Ballesteros tradujo “jeroglífico”, aunque también podría haber traducido “acertijo”, véase en *Obras Completas*, Tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid, p. 516.

inconsciente algo con el estatuto de cosas particulares que están encadenadas, que, al modo de los *rebus*, es necesario descifrar. Lo que aparece en sueños, imágenes que luego se transforman en el relato del sueño, al modo de un *rebus*, son las “cosas” del analizante que deben ser descifradas. Cuando hacía referencia al vuelo del murciélago, cuando planteaba las cuestiones del lenguaje en Boogie el aceitoso, se podría decir que estamos frente a ese lado de la “cosa”, no el único, claro está, pero sí ese lado de la “cosa” que implica descifrar las formaciones del inconsciente particulares, absolutamente particulares. De esa referencia a la “*cosa freudiana*” Allouch pasa a “*la cosa del analizante*”. Del mismo modo que Lacan por momentos no hablaba de Freud sino de la “*cosa freudiana*”, el analista no se dirigiría al analizante sino a “*la cosa del analizante*”, a su cosa particular. No es necesario calificar, identificar al analizante, sino que, al ocuparse de los *rebus*, de sus cosas, el analista se ocupa de la cosa del analizante, algo que tiene otro estatuto. Por ahí verán pasar volando un murciélago que se guía por sus propios sonidos.